
EL CONCEPTO DE PREHISTORIA

Sergio Ripoll López

1. La Prehistoria: concepto.
 - 1.1. Delimitación espacio-temporal.
 2. Prehistoria e Historia.
 3. Prehistoria y Arqueología.
 4. Prehistoria y Antropología.
 5. La naturaleza del registro arqueológico.
 6. Estrategias de aproximación a la Prehistoria.
 7. El método en Prehistoria.
 - 7.1. La Prehistoria “tipológica”.
 - 7.1.1. La influencia de la Geología y las Ciencias Naturales.
 - 7.1.2. La etapa de las listas tipológicas y la estadística.
 - 7.2. La Prehistoria “sociológica”.
 - 7.2.1. Grahme Clarck.
 - 7.2.2. Colin Renfrew. El neovolucionismo en la arqueología social.
 - 7.2.3. Gutorm Gjessing: la socioarqueología.
 - 7.2.4. La socio-arqueología en el estudio del Paleolítico.
 - 7.2.5. Marie L.S. Sorensen. La Arqueología del Género
 - 7.3. Prehistoria de los hábitats o “Settlement Achaeology”.
 - 7.4. La Prehistoria funcionalista.
 - 7.4.1. Los análisis de laboratorio.
 - 7.4.2. La experimentación.
 - 7.4.3. La Etnología comparada.
 8. La cuestión del origen. La Prehistoria del “Quién”.
 - 8.1. El evolucionismo.
 - 8.1.1. Migracionismo.
 - 8.1.2. El difusionismo cultural.
- Bibliografía sobre la metodología de la Prehistoria.

RESUMEN

La Prehistoria, como ciencia que estudia el más remoto pasado de la Humanidad, suscita el interés general de los ciudadanos, avivado por los continuos y espectaculares descubrimientos que se producen a diario y que se divulga a través de todos los medios y redes sociales. Esta nuestra ciencia se enraiza en los profundos cambios epistemológicos que se produjeron durante la primera mitad del siglo XIX con el llamado Siglo de las Luces y que cristalizará de forma evidente con la publicación en 1859 del libro *El Origen de las Especies* de Charles Darwin, o el descubrimiento de la cueva de Altamira por Marcelino Sanz de Sautuola en 1879, aunque el reconocimiento de su antigüedad no se produjera hasta mucho más tarde.

La Prehistoria es un concepto y una disciplina histórica y la podemos definir como una ciencia porque utiliza, como veremos, un método científico y como Historia, porque su fin último es conocer al Hombre (en mayúsculas, genérico de ser humano, sin connotaciones sexistas) en su etapa más primitiva. Sin embargo hay quien, como G. Daniel, que opina que la Prehistoria no ha sido siempre una disciplina histórica: sólo recientemente ha sido consciente de que su misión era hacer Historia y no clasificar objetos antiguos. Alude, así G. Daniel, a la época del coleccionismo y de las periodizaciones y dataciones a ultranza, cuya formulación llegó a ser obligatoria para todo prehistoriador.

M. Almagro Basch, en su obra *Introducción a la Prehistoria y Arqueología de campo* hacía hincapié en que “ni por el método ni por el objeto ni por los fines alcanzados es lógica ya, ni conceptualmente válida, la división entre Prehistoria e Historia aunque debamos seguir aceptando tal separación, bien delimitada por las fuentes que ha de utilizar el prehistoriador y el historiador”.

En realidad, el término Prehistoria es equívoco, si atendemos al objeto mencionado como estudio de la Historia. De ahí que Leroi-Gourhan hable a menudo de “la Historia antes de la escritura” para aludir a las etapas prehistóricas.

Surge, así, el concepto clásico de Prehistoria que abarca, cronológicamente, el estudio del período de la vida humana anterior a la aparición de las fuentes escritas y en este sentido la Prehistoria supone el 99% del transcurso de la historia del Hombre sobre la Tierra.

1. LA PREHISTORIA: CONCEPTO

1.1. Delimitación espacio-temporal

La primera cuestión que se plantea al establecer el marco cronológico de la Prehistoria es la fijación de su límite inferior, intentando responder a la pregunta

de cuándo es posible llevar a cabo la reconstrucción de la Historia del Hombre. Enlazamos, así, con el problema del origen de la especie humana seleccionando los criterios que podrían permitir el calificar de hombre a un antropoide.

Sin embargo para el evolucionista absoluto no puede existir un punto lógico de partida, ya que la aparición del hombre es un fenómeno evolutivo, tanto desde el punto de vista biológico como cultural y no es fácil establecer desde qué momento se puede hablar de “Hombre”.

Para G. Clark existe, sin embargo, un punto de partida muy claro, de carácter empírico que atestigua el comienzo de la historia humana, y por tanto, también, de la Prehistoria: la aparición en el registro arqueológico de utensilios o instrumentos hechos conforme a modelos normalizados. Es el comienzo de una evolución continua que no sólo lleva a la tecnología moderna, sino, lo que es más importante, simboliza el mundo del Hombre en el cual lo cultural fue superando cada vez más a la herencia genética como factor de control. No hay nada comparable al proceso por el cual surgieron los primeros hombres, del mundo de los primates no humanos. Desde el punto de vista biológico, esta etapa debería llenar un programa de Prehistoria y el resto de las épocas ser sólo un apéndice.

El límite superior de la Prehistoria se ha prestado también a múltiples teorías. La más comúnmente admitida es la que sitúa el final de la época prehistórica en la aparición del testimonio escrito y el comienzo, por tanto, de la Historia Antigua. Defensores de este criterio como el gran avance de la Humanidad se encuentran en la palabras de I. Gelb: “La escritura, entendida como sistema de intercomunicación humana por medio de signos convencionales visibles, supuso una auténtica revolución en la comunicación entre los hombres, al superarse las limitaciones que presentan otros tipos de comunicación (visual, auditiva, táctil) de claras limitaciones en el tiempo y el espacio”.

Ahora bien, el criterio de la aparición de la escritura presenta un grave inconveniente: no existe un desarrollo histórico uniforme en la Antigüedad “prehistórica”; es decir, la escritura aparece con un desfase manifiesto en los diversos ámbitos geográficos, lo que proporciona un límite móvil. Es más, desde un punto de vista temporal, aunque no existencial, casi toda la historia humana es prehistórica en el sentido técnico de que ha de reconstruirse sin la ayuda de documentos escritos. Por escrito no hay documentados más de 5.000 años en total de seis millones. Hay, en cambio, vastos territorios que siguieron siendo prehistóricos hasta que los descubrió el hombre “occidental” en los últimos siglos. De hecho partes remotas de Australia, Nueva Guinea o Brasil siguen fuera del ámbito de la historia escrita, hasta hoy mismo.

Un segundo criterio delimitador del techo superior de la Prehistoria ha sido el de la aparición de la agricultura, de la sedentarización, de los inicios de la diferenciación económica y social, en definitiva, el de la revolución neolítica. Pero en este caso también es difícil a veces, señalar los inicios de la agricultura

y de la domesticación en muchas áreas, con lo que los límites se presentan tan imprecisos o más que en el caso de la aparición de la escritura.

Un tercer criterio, muy generalizado hoy entre prehistoriadores e historiadores, es el de finalizar el ámbito cronológico de la Prehistoria en la Edad del Bronce con la aparición de la metalurgia. Entre los prehistoriadores partidarios de este criterio hay que situar a investigadores como A. Leroi-Gourhan, cuyo manual de Prehistoria termina con el Neolítico; en el campo de la Historia Antigua hay una parte de historiadores marxistas que ven en esta época la raíz de la lucha de clases.

Sin embargo, también los inicios de la metalurgia y la revolución social que conlleva se dan con un desfase manifiesto en los diversos ámbitos, tal como demuestra claramente la arqueología. En realidad, son inseparables algunos de los elementos delimitadores aquí expuestos: la intensificación de las divisiones sociales del trabajo suele ir unida en la historia a la aparición de la escritura y en general a lo que llamamos civilización. La escritura existe solamente en una civilización y hoy en día se considera impropio hablar de una civilización sin la presencia de la escritura. Por ello el antiguo término de “civilización del vaso campaniforme” ha sido sustituido por el de “cultura”, “fenómeno” u “horizonte” campaniforme.

Es necesario, asimismo, definir otros conceptos al tratar el tema de la delimitación espacio/temporal de la Prehistoria. El límite cronológico superior podría quedar fijado por el término Protohistoria. Según la clásica definición de Vayson de Pradenne comprende “aquella parte que se refiere a pueblos sobre los que se poseen informaciones por intermedio de vecinos que habían alcanzado el período histórico, mientras que ellos no poseían aún la escritura”.

Otro concepto a tener en cuenta es el término acuñado por Narr, de “Parahistoria”. Según este autor es el período que engloba a todas las culturas ágrafas contemporáneas de otras que poseen escritura, independientemente de que tengan o no contacto con ellas. De este modo todas las culturas precolombinas posteriores a la aparición de la agricultura son parahistóricas respecto a las culturas europeas. En Europa Hawkes define como período parahistórico aquel en el cual los materiales arqueológicos pueden fecharse por relaciones directas con culturas históricas. Así, en Europa occidental se entraría en la Parahistoria en torno al año 2000, fecha en la que se datan con facilidad materiales importados desde las culturas históricas de Próximo Oriente.

En la América anglosajona los límites espaciotemporales de la Prehistoria se resuelven con la adopción de una disciplina global que lleva el nombre de “Antropología cultural”. Su objeto es estudiar los orígenes e historia de las culturas humanas, su evolución y desarrollo, su estructura y funcionamiento en todo lugar y tiempo. Trata de la cultura en sí, tanto de la prehistórica como de la actual.

En Francia A. Varagnac propuso a finales de los años cuarenta el establecimiento de una disciplina que obvia los problemas relativos a los límites espaciales de la Prehistoria, así como la relación existente entre los conceptos de “primitivo” y “antiguo”: se trata de la Arqueocivilización, que incluye en su seno las materias de Prehistoria, Historia Primitiva e Historia Antigua. El movimiento cristalizó en 1948, con la creación del Instituto Internacional de la Arqueocivilización, dirigido por L. Febvre y del que es órgano de expresión la revista “*Antiquités Nationales et Internationales*”.

2. PREHISTORIA E HISTORIA

Si una ciencia es toda aquella disciplina dotada de una estructura teórica capaz de permitirle explicar los fenómenos observables, toda ciencia, además, ha de poseer y practicar una metodología, en tanto sistema de obtención y ordenación de los datos.

La Prehistoria, en tanto disciplina académica, se clasifica de bien distinta forma según países y tradiciones culturales, lo que quizá constituya un punto de referencia elemental de cara a valorar satisfactoriamente diversas propuestas de relación/singularización respecto a otras ciencias. Así, la Prehistoria resulta adscrita al bloque de las denominadas “ciencias sociales” o bien, al de las “ciencias humanas”, ambigüedad un tanto comprometida, si consideramos que el conjunto de “los fenómenos sociales dependen de todos los caracteres del hombre y recíprocamente, las ciencias humanas son todas ellas sociales en algunos de sus aspectos. La distinción tendría sentido, precisa junto a otros, J. Piaget (1976) salvo que se pudiera disociar en el hombre lo que compete a las sociedades particulares en las que vive y lo que constituye la naturaleza humana universal”. Como es sabido, el mismo autor propone una subdivisión aparentemente más ajustada y precisa de las disciplinas que conciernen al estudio de las distintas actividades del hombre. Así considera:

- 1) Ciencias nemotécnicas.
- 2) Ciencias históricas.
- 3) Ciencias jurídicas.
- 4) Disciplinas filosóficas.

Las primeras, nemotécnicas, son aquellas que persiguen el establecimiento de leyes o hechos generales, resultando privativo el empleo de métodos de verificación consistentes en subordinar las predicciones teóricas al control empírico. Las ciencias históricas, en cambio, se interesan por el estudio de la evolución de la totalidad de manifestaciones de la vida social, de suerte que “la historia abarca todo aquello que tiene importancia para la vida colectiva, tanto en sus sectores aislados como en sus interdependencias”.

En virtud de su objeto de estudio, la Prehistoria es una ciencia histórica, cuya proyección epistemológica que es el estudio del pasado humano anterior a la entrada del hombre en la Historia, se cumple, en parte, con el estudio de los artefactos y las relaciones entre artefactos desarrolladas en términos de cultura. Con este tipo de definiciones se excluyen de la Prehistoria tanto los enfoques intuitivos por indemostrables o aquellos centrados en ideas más que en fenómenos, como las ópticas esencialmente descriptivas carentes de predicción y verificación como resultado. Con ello, se plantea una delimitación conceptual de la Prehistoria y, por consiguiente, un determinado marco de interrelaciones con otras disciplinas virtualmente afines.

El problema radica en que, si consideramos que su objeto es el estudio del desarrollo de la Humanidad con antelación a la aparición del documento escrito, ciertamente ello comporta una variabilidad según épocas, poblaciones y territorios (Prehistoria, Protohistoria e Historia) y, sobre todo, una comprometida dilucidación sobre dos tipos de documentos: la historia de los relatos (fuentes) y la historia de los hechos (acontecimientos). Entre la realidad y esta, al menos doble, naturaleza de los documentos, se sitúan precisamente los argumentos, su formulación, desarrollo y aceptación. Sobre la transformación por uso de las hipótesis en tesis, existen sobrados ejemplos en Prehistoria sobre todo, en lo concerniente a la adecuación de culturas arqueológicas a una determinada escala cronológica. Baste reseñar, merced a su vigencia y explicitud, que en una reciente reflexión sobre el Epipaleolítico andaluz, se reconoce no sin autocrítica la certeza de que “no deja de ser cierto que cuando hay una hipótesis previa que ha dado una explicación coherente a una serie de datos, existe la tendencia de que futuros datos de la misma índole se integren en aquella hipótesis, sobre todo, si el nivel de análisis es preliminar” (Fortea, J., 1986).

Ahora bien, también es cierto que la Prehistoria y el propio término surgen en el siglo XIX, teniendo la escritura no sólo como criterio, sino también como el exponente de un grado de civilización. De ahí las concomitancias entre esta concepción de la Prehistoria y la Etnología, entre el hombre prehistórico y los “primitivos actuales”, sobre todo si consideramos la gráfica y, sin duda, abusiva calificación de la Etnología como “basurero de la Historia”, a la que, desafortunadamente, en ocasiones, se reduce la práctica arqueológica y, por tanto, de la que emerge la restitución prehistórica.

Es cierto que la reconstrucción histórica de la actividad humana, desde la óptica de la Prehistoria, depende casi exclusivamente de documentos materiales y que estos, habitualmente, se corresponden con artefactos o estructuras abandonadas por el hombre. De esta limitación, proviene la amplia atracción ejercida por las posibilidades brindadas por el materialismo como sistema de interpretación.

Con todo, este sistema no se reduce a la elaboración de construcciones históricas a partir de datos materiales, sino en primar la supeditación de cual-

quier otra forma cultural, sea social o ideológica, a la organización económica deducida del soporte material.

Tras la crítica al funcionalismo y de haber pasado varios decenios de estructuralismo que llegó tarde de la Antropología, se acepta que los distintos planos constitutivos de una cultura, forman un conjunto interdependiente. De ahí que la defensa unidireccional de uno sólo de ellos, resulte insatisfactoria. Antes al contrario, en sintonía con las líneas maestras de la investigación en Historia, se trata de abordar las realidades sociales, considerando como tales todas las formas amplias de la vida colectiva: las economías, las instituciones, las arquitecturas y, por último, las civilizaciones. Las estructuras de tiempo lento, al igual que los “microtiempos” de Chang (1975) pierden su sentido como objetivos históricos, sobre todo, cuando la Historia y la Prehistoria ha dejado de ser una serie de discontinuidades descritas de modo continuo.

3. PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA

La distinción conceptual entre Prehistoria y Arqueología es, sin duda, un tema complejo y vidrioso, según países y planes académicos. Así, en buena parte de las Universidades españolas, la Arqueología se asoció a cátedras como la Epigrafía y Numismática considerándose su carácter técnico o bien, fue considerada en relación con una etapa, una cultura o un área geográfica concreta. Así, por ejemplo, la Arqueología Clásica, la Arqueología Cristiana, la Arqueología Medieval o la Arqueología Americana. Ahora bien, en sintonía con la primera de estas líneas, una reorganización ministerial de las áreas de conocimiento, abundó en el carácter técnico de esta disciplina, asimilándola junto a otras disciplinas tópicas (Epigrafía, Numismática, etc.) a un mismo bloque denominado Ciencias y Técnicas historiográficas. Con posterioridad, acaso por el malestar creado entre los encargados de impartir estas enseñanzas, el organismo ministerial otorgó a la Arqueología un área de conocimiento propia (1986).

A pesar de que Arqueología y Prehistoria no pueden ser considerados criterios totalmente idénticos, generalmente, se han asociado dado el tipo de documento que utilizan. Sin embargo, algunos investigadores, como por ejemplo Rouse, distinguen entre ambas al afirmar que la Arqueología es una disciplina de carácter analítico y la Prehistoria una de carácter sintético.

A estas controversias, sin duda se añade otra en mayor medida candente, cual es la ocasionada entre “arqueología tradicional” y “nueva arqueología” que, a veces, al menos en España, trasciende a un cierto enfrentamiento entre “arqueólogos tradicionales” y “nuevos arqueólogos”. La polémica, desde luego no es nueva, como tampoco la “nueva arqueología”, aunque en España se haya extendido en el último decenio del siglo pasado y, desde luego, no sin cierta virulencia y, en ocasiones, apasionamiento, llegándose a sugerir que “la

Prehistoria es únicamente una fase cronológica y no constituye una ciencia, entre otros motivos porque carece de objeto y de fines”.

Desde luego, el problema proviene de la habitual identificación de ambas disciplinas y, por tanto, de prehistoriadores con arqueólogos, confusión no sólo administrativa.

Ciertamente, existen suficientes opiniones autorizadas que plantean la distinción entre ambas merced al carácter analítico de la Arqueología y el sintético de la Prehistoria, pero no menores ni en número ni en fuerza asertórica los que niegan esta distinción ante lo inviable de diferenciar lo que sospechan como dos momentos de la misma investigación. A tal objeto pudiera suscribirse con G. Daniel que “un prehistoriador ha de ser constantemente un arqueólogo”. Sin embargo, la conjugación de la documentación y análisis arqueológicos y la elaboración interpretativa prehistórica en una misma persona, no necesariamente justifica la equivalencia científica de ambas disciplinas. La frase arqueología prehistórica se utiliza como sinónimo de prehistoria y añade “con excesiva frecuencia uno se tropieza con personas que deberían saberlo mejor que pretenden no comprender la diferencia que hay entre un prehistoriador y un arqueólogo, y sin duda alguna, sería llevar las cosas a extremos demasiado sutiles el afirmar que haya alguna diferencia entre un prehistoriador y un arqueólogo prehistoriador”.

Existe, sin embargo, una diferencia esencial entre Prehistoria y Arqueología. Un arqueólogo es la persona que estudia los restos materiales del pasado con el fin de arrancarles los hechos de la historia (Daniel, G., 1977).

En el mismo sentido se expresa asimismo I. Rouse (1973) cuando advierte que la circunstancia de que una misma persona pueda especializarse en ambas disciplinas, “no niega que las disciplinas sean diferentes y que deban mantenerse separadamente en nuestro pensamiento”.

Sin embargo, la Arqueología, según distintos autores, podría definirse como el estudio de las culturas del pasado y de su historia, mediante la observación de sus vestigios. Esta definición parece, en líneas generales, ajustada tanto para la Arqueología Prehistórica como para las arqueologías centradas en el estudio de “vestigios” correspondientes a épocas históricas. En consecuencia, la Prehistoria o la Historia de las comunidades anteriores a la escritura, de algún modo, no sería sino una parte de la materia “observada” por la Arqueología.

En este sentido, no es casual la ocasional utilización de “Arqueología” y “Prehistoria” como sinónimos, circunstancia sobre todo frecuente en la Nueva Arqueología, aunque se diferencia entre ambos conceptos, en particular cuando se precisa ante la suplantación de sus respectivos campos de estudio que Arqueología y arqueólogo son definiciones que incluyen a los estudios prehistóricos y al prehistoriador; de lo que se deduce que el prehistoriador es siempre un arqueólogo y que los estudios prehistóricos son simplemente arqueológicos.

Subrayando la afinidad de la premisa inicial con lo ya expuesto por G. Daniel, es preciso señalar la bien distinta deducción que puede inferirse de la identidad entre arqueólogo y prehistoriador. Ciertamente que todo prehistoriador es o debe ser también arqueólogo, lo que no resulta tan obvio al menos en España es la situación inversa.

Acaso una de las causas de esta polémica sea una simplificación de la auténtica metodología de campo, actividad que abarca no sólo el registro sistemático de la información, sino también su propia ordenación y análisis. Si, como parece haberse planteado, se discierne no sólo entre una Arqueología de Campo y una Arqueología Analítica sino también, entre una “arqueología tradicional” por Prehistoria descriptiva y una “nueva arqueología”, atenta a la explicación del desarrollo integral de las sociedades, la confusión está servida. Ante ello, es fácil caer en la tentación de oponer unos sistemas de documentación e interpretación descriptivos, ya en desuso, a un conjunto de propuestas metodológicas explicativas alternativas. La justificación en estos términos planteada, por más que explicita cierta evolución, desde una perspectiva historiográfica resulta sesgada, pues no parece cierto que esa primera Prehistoria tan próxima como útil apenas si trascienda de la mera descripción y organización de la información. Esta concepción parece superada ya, gracias a los trabajos de la arqueología prehistórica cuya concepción es enteramente distinta, en parte, por que se encuentra con la única documentación que le es permitida: los vestigios recuperados en la excavación.

Todo ello ha producido una gran revalorización de la Arqueología de períodos históricos: Historia Antigua (Arqueología clásica), Historia Medieval (Arqueología Medieval), e Historia Moderna Contemporánea (Arqueología Industrial), y sus diferentes tendencias. La Arqueología ha ocupado y ocupa evidentemente, desde la perspectiva de los historiadores una posición subsidiaria, apropiada a su condición de disciplina auxiliar. Con todo, también es cierto que, frente a este estatus tradicional, de un tiempo a esta parte, la Arqueología Histórica ve aumentada su consideración pasando a ser no ya una técnica de documentación-recuperación, sino una disciplina con una carga informativa propia y objetiva, sugestivamente operante, como contrapunto del testimonio brindado por las fuentes. Este mismo hecho comienza a ponderarse en terrenos fronterizos de la Prehistoria, cual es el caso, por ejemplo, de la arqueología celtibérica del oriente de la Meseta, para cuya revisión precisamente desde la óptica de “La Arqueología Social” se sugiere un análisis multidisciplinar de la información arqueológica, al objeto de contrastar “puntualmente” la versión tal vez viciada suministrada por las “fuentes” (Ruiz-Gálvez, M.L., 1984).

En este sentido, parece adecuado que se mantenga la voz “Arqueología” para las observaciones técnicas de recuperación “in situ”, y se reserve la voz “Prehistoria” para designar a la disciplina académica que se dedica al estudio del período de la vida humana anterior a la aparición de las fuentes escritas.

4. PREHISTORIA Y ANTROPOLOGÍA

La crisis de identidad de la Prehistoria, no sólo proviene de la suplantación de parcelas con la Arqueología, sino también, de sus presuntas concomitancias con otras disciplinas, como es el caso de la Antropología.

Prácticamente desde sus inicios, la Prehistoria se sirvió de numerosas sugerencias prestadas por la Etnología. De ahí, no sólo la explicación del Arte Prehistórico sino, entre otras, el interés “paleoetnológico” que de forma explícita orientó la investigación de numerosos fenómenos culturales de la Prehistoria peninsular, caso, por ejemplo, de la interpretación efectuada por G. y V. Leisner de la “cultura” megalítica en Iberia.

En esta línea, la reciente investigación prehistórica acaso requerida de un corpus conceptual y una metodología propias ha contraído diferentes deudas con estrategias, modelos y metodologías propias de la Antropología. De este modo, la Arqueología y la Prehistoria posee también su teoría, incluso si se trata sólo de la versión arqueológica de las teorías históricas y antropológicas. En la misma línea se señala que la arqueología es el especial cometido de un determinado tipo de arqueólogo, de suerte que, desde una óptica de Antropología como ciencia integral la Antropología tiende a un conocimiento global del hombre, abarcándolo en toda su extensión histórica y geográfica”. La Arqueología se ocupa del hombre en el pasado; ha sido llamada la antropología de los pueblos extinguidos.

En fin, esta asimilación Arqueología (Prehistoria), Antropología, se produce sobre todo entre investigadores estadounidenses (Binford, L.R., 1972) por el concurso de una determinada serie de circunstancias que propiciarán que “la Arqueología americana será Antropología o no existirá” (Whille, G.R. y Phillips, P., 1958). Estos condicionantes no se producen en el Viejo Mundo, hecho que probablemente contribuya a explicar parte de las analogías Antropología-Arqueología-Prehistoria.

En Europa este interés por el estudio de la cultura, en parte es el que constituye el objeto de la Etnología, así pues diferenciada de la Antropología, tanto por el tiempo como por los métodos utilizados en el estudio de estas sociedades en vías de transformación. Si la Etnología es una parte de la Antropología, en Europa, las fronteras entre el concepto y método de la Etnología y los de la Arqueología prehistórica, se hallan nítidamente diferenciados. Aunque la Antropología pretenda una reflexión general sobre los diversos aspectos de la cultura humana en el tiempo y el espacio y, pese a los frecuentes préstamos extraídos por la Prehistoria tanto de ella como de la Etnología, es factible precisar una demarcación de sus respectivos ámbitos, merced a la distinta naturaleza de los documentos y, por consiguiente, la diferente metodología empleada y, desde luego, por la distancia cronológica de sus contextos interpretativos.

5. LA NATURALEZA DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO

El objeto de la Prehistoria es la restitución interpretativa de las culturas de la Prehistoria, de su desarrollo (cambio/transformación) y distribución en el tiempo y el espacio. Los nuevos planteamientos de esta disciplina han renovado la discusión sobre el valor, alcance y limitaciones de la documentación arqueológica. Así, si se reconoce la “precaria objetividad” de esta información, también se plantea que estas limitaciones se hallan en mayor medida en la inadecuada metodología arqueológica que en la misma naturaleza de la documentación.

Dado que el objeto de la Prehistoria no es otro que descubrir e interpretar de forma integral el desarrollo de estas sociedades la “realidad originaria” (Delporte, H., 1984) o la “cultura viva total” (Gallay, A., 1986) es obvia la necesidad de extremar no sólo los sistemas de documentación, sino también las estrategias de explicación de la información arqueológicamente registrada. Con ello, acaso sea posible efectuar una aproximación satisfactoria al conocimiento de diversos aspectos como las ideas, ritos y mitos aparentemente negados por el registro de unos objetos, en la mayoría de los casos desechados, y algunos de ellos ya irremisiblemente perdidos o degradados.

Desde esta perspectiva, si el conjunto de elementos recuperados permite una caracterización tipológica y acaso una identificación funcional, las analogías formales no siempre obedecen a necesidades funcionales afines e, incluso, con la ayuda de disciplinas auxiliares, algunas certezas sobre las condiciones paleoambientales desde las que plantear posibles reconstrucciones económicas y sociales, mucho más vidrioso es el desciframiento de los códigos míticos o religiosos. La dificultad estriba en que, en este terreno, si bien las formas son analizables, perdidos los gestos, ritos, palabras y creencias, los contenidos se hacen prácticamente irrecuperables.

Sobre esta base, ciertamente el objeto arqueológico, en tanto documento, sólo tiene sentido contemplado desde una doble perspectiva: en su relación con el propio contexto material en el que aparece y, también, en relación con el contexto cultural que lo fundamenta. Desde esta óptica, el estudio de los sistemas simbólicos de la Prehistoria, difícilmente puede trascender al segundo de estos niveles, pues rara vez el objeto alcanza a expresar el concepto. El conjunto de testimonios que denominamos “arte” en tanto transposiciones simbólicas, en sí sólo constituyen un conjunto “de claves gráficas sin conexión descriptiva, soportes de un contexto oral irremisiblemente perdido” (Leroi-Gourhan, A., 1971).

6. ESTRATEGIAS DE APROXIMACIÓN A LA PREHISTORIA

Páginas atrás se ha pretendido razonar las diferencias entre Arqueología y Prehistoria, subrayándose que, aunque desde un punto de vista histórico son disciplinas distintas, desde la óptica de la nacionalidad de sus practicantes, en particular desde Estados Unidos merced a unas peculiares circunstancias culturales se propone la identificación de ambas actividades. Desde esta óptica, se refieren aquí algunas de las tendencias actuales de la Prehistoria, si bien, como se indicó, al menos en España, también por diferentes circunstancias, todo prehistoriador es arqueólogo, aunque no necesariamente ocurre lo contrario.

El germen de esta polémica como quedó enunciado proviene del pensamiento de la “Nueva Arqueología” y, en particular, de su específico replanteamiento de la Arqueología Prehistórica como ciencia. Para Binford o Clarke, como para el conjunto de investigadores que asumieran estos presupuestos, la “Nueva Arqueología” se opondría y justificaría por oposición a una “vieja” arqueología de corte tradicional, tildada de empirista, descriptiva, anclada en un humanismo acientífico, ocupada de la inserción cronológica de las “culturas” arqueológicas y escasamente preocupada por formular hipótesis pues, en realidad no pretendía demostrar nada. Observar, describir, acumular testimonios, analizarlos y clasificarlos, serían los objetivos de esta arqueología tradicional, imposibilitada de capacidades inductivas y, por consiguiente, incapaz de formular leyes generales sobre la conducta humana, auténtico fin de toda disciplina científica.

En consecuencia, la Nueva Arqueología propondrá una forma científica de operar con los datos arqueológicos, por oposición a la arqueología concebida como descripción o narración del pasado. De este modo, esta propuesta basada en la lógica neopositivista hempeliana presumirá que el pasado resulta potencialmente cognoscible, porque es empíricamente observable.

El método hipotético-deductivo abundará en la certeza de que sólo puede haber ciencia a partir de una teoría general que sirve como apoyatura para la construcción de hipótesis que deben ser verificadas mediante el muestreo y el análisis estadístico y de cuya verificación emanarán las leyes. Más explícitamente, según L.R. Binford, se trataría de reemplazar las proposiciones inadecuadas “por leyes que tengan validez en el contexto de la epistemología de la ciencia, de forma que podamos lograr un conocimiento exacto del pasado”.

La teoría, de acuerdo con este planteamiento hipotético deductivo, se desarrollará a partir de la Antropología y Arqueología y por tanto poseen el mismo objetivo, y no tanto de la Historia, pues se persigue polarizar la atención en el análisis de las entidades sincrónicas que en su desarrollo diacrónico. De ahí, la valoración no sólo de los registros, sino, especialmente, de las unidades estratigráficas y, en ellas, las relaciones espaciales de los objetos. De ahí también, merced al parentesco con la Antropología, el regreso al comparativismo etnográfico en tanto elemento explicativo del comportamiento tecnológico, económico y espacial inferido del registro arqueológico.

7. EL MÉTODO EN PREHISTORIA

En la parte de la Historia que llamamos Prehistoria, es quizás el método de estudio, más que en ninguna otra ciencia el que ha impuesto los límites. Más aún, la Prehistoria sólo se distingue de la Historia por sus métodos. De ahí la importancia del análisis de las llamadas “ciencias auxiliares”, de sus métodos de trabajo y sus aportaciones, en tanto en cuanto han servido para ampliar la “materia histórica” y han obligado a alterar el concepto de Ciencia, el cual, a su vez, ha modificado las técnicas de trabajo a las que ha exigido resultados en consonancia con su nueva situación.

Hoy la Prehistoria es una ciencia, en el sentido de que posee un método científico para obtener evidencias, deducir o experimentar. Los métodos teóricos, típicos de las disciplinas humanísticas, consideran la reflexión filosófica y el análisis lógico, y en este sentido son aplicables, al menos como método único, a la Prehistoria. En cambio los sistemas de los métodos científicos se adecuan mejor a la investigación prehistórica, pero tampoco completamente, pues la deducción de las consecuencias que puedan ser puestas a prueba por la observación, es muchas veces irrealizable.

A partir de ahí la Prehistoria enlaza con los métodos teóricos y las disciplinas humanísticas, ofreciendo así una síntesis de conocimiento derivada de sus sistemas de obtención de datos, por un lado, y de la interpretación de los mismos por otro. En este punto radica la originalidad y el carácter de la Prehistoria en el humanismo y el cientifismo, combinados en su objetivo de conocimiento y en sus métodos.

En síntesis, podríamos afirmar que el método general de la Prehistoria es y debe ser el mismo que el de la Historia: el historiador de acuerdo con su formación, actúa frente a las fuentes de información, y las interpreta, pero dada la naturaleza de sus fuentes ha tenido que ir rastreando y asimilando los de otras ciencias: así debe utilizar el método estratigráfico, propio de la Geología, el etnológico, el tipológico, el geográfico y otros muchos, pero entre todos ellos le es fundamental e imprescindible el método arqueológico. Más adelante veremos en detalle cada uno de ellos.

El método arqueológico es, pues por excelencia el método de la Prehistoria, pero no por ello se limita a la época prehistórica, ya que extiende su campo de acción a todas las épocas del pasado, incluso si éste es bastante cercano.

La Arqueología puede definirse como el método que estudia las diferentes civilizaciones del pasado y su evolución, fundándose en los vestigios materiales que han dejado tras ellos. Persigue esencialmente los mismos fines que la Historia, pero difiere de ella por la naturaleza de las fuentes que utiliza. A veces se le ha querido definir como “la Historia de la cultura material”, pero es una definición estrecha y limitada, ya que también puede llegar a esclarecer la vida social o espiritual. El método arqueológico, y en la misma medida el

método prehistórico, son el resultado de la confrontación de una serie de tendencias que se han fundido e interrelacionado.

Desde finales de la Segunda Guerra Mundial la Arqueología y la Prehistoria han modificado profundamente sus objetivos y sus métodos. En síntesis puede decirse que se van recobrando de los males de la infancia como su indisciplinado empirismo, la falta de rigor en sus procedimientos de investigación y análisis o el subjetivismo de sus métodos de interpretación. Hoy la Prehistoria no busca recoger obras de arte, objetos de vitrina, sino que intenta reconstruir del modo más total posible el comportamiento natural del hombre, las bases de su economía y su vida individual y social. Existe, pues, en la historiografía de la Prehistoria una distinta formulación de objetivos, una gran diversidad de métodos de excavación y análisis y muy diferentes maneras de concebir la interpretación histórica de los datos. Todo ello constituye un pasado y un presente de la Prehistoria que analizaremos a continuación.

7.1. La Prehistoria “tipológica”

El enfoque tipológico de la Prehistoria es uno de los de más antigua tradición y que más escuela ha creado. Responde al objetivo de buscar “fósiles directores” (heredados de la Geología) para formular periodizaciones y secuencias que en los primeros momentos se creyeron evolutivas. Estas serían las principales fases de la historiografía de la “prehistoria tipológica”.

7.1.1. *La influencia de la Geología y las Ciencias Naturales*

En los albores de la ciencia prehistórica, desde finales del siglo XIX a principios del siglo XX, las leyes de la Geología y el evolucionismo de las Ciencias Naturales hicieron furor entre los investigadores. En este momento se adaptan a la Prehistoria conceptos tomados de la Geología y se acepta erróneamente que las leyes de la Prehistoria deben ser tan generales como en Geología.

Los primeros que elaboraron teorías Lartet, Mortillet, Breuil, partieron del presupuesto de que los pisos geológicos debían aparecer también en Prehistoria: fósiles culturales se convirtieron en directores de los niveles estratigráficos, tal como sucedía con los fósiles geológicos. La Arqueología prehistórica utilizó sólo una visión vertical de la estratigrafía, olvidándose de la visión horizontal de la superficie excavada. Al mismo tiempo los fósiles culturales, directores de la evolución seguían, en su opinión, un proceso unilineal, irreversible y, además, generalizado a toda Europa e, incluso a todos los continentes.

Se explica así el error de Mortillet al colocar el Auriñaciense en la base del Magdaleniense (dada una evolución lineal de la industria ósea) y al Solutrense por encima del Musteriense (también como una evolución lógica de

la industria lítica). Era entonces impensable que dos culturas tan diferentes como Auriñaciense y Perigordienne pudieran ser contemporáneas e intercarse arbitrariamente en los yacimientos. Es en esta etapa hiper-revolucionista y con un afán tal de periodizar que se consideraba acientífico describir una cultura o elemento arqueológico sin clasificarlo inmediatamente en un casillero determinado. En cierto modo se estaba olvidando que el fin último de la Prehistoria es conocer la Historia del Hombre y no clasificar objetos antiguos.

7.1.2. *La etapa de las listas tipológicas y la estadística*

En los años 50 la Prehistoria empezó a contar con el concurso de la estadística aplicada a la tipología. Aparecieron las listas tipo emanadas de la Escuela de Burdeos: Bordes y Bourgon elaboraron las listas para el Paleolítico Inferior y Medio y Sonnevill-Bordes y Perrot lo hicieron para el Paleolítico Superior.

Característico de esta etapa será la elaboración de índices tipológicos y de porcentajes a los tipos primarios mediante una estadística elemental. Con ellos se construirán una serie de gráficas, mediante las cuales será posible comparar gráficamente varios niveles de un mismo yacimiento o de otros distintos, buscándose los paralelos en un área geográfica más o menos próxima. Esta técnica, comenzó a tambalearse al descubrirse que la técnica de excavación de yacimientos antiguos no había sido todo lo perfecta como hubiese sido deseable de tal modo que, en ausencia de un cribado minucioso de las tierras, los índices de los elementos microlíticos variaban sustancialmente las gráficas acumulativas.

7.2. La Prehistoria “sociológica”

Otra tendencia importante en el campo de la historiografía prehistórica ha sido la de aquellos investigadores que han superado la noción de civilización arqueológica y la han sustituido por un concepto de sociedad. Han intentado presentar una evolución de la Prehistoria, no ya como una sucesión de civilizaciones sino como una sucesión de fases en la evolución económica y social, partiendo del postulado de que en las civilizaciones vecinas con un nivel cultural equivalente, poseían muy probablemente sistemas económicos y sociales idénticos.

7.2.1. *Grahame Clark*

La publicación en 1939 del libro de G. Clark *Archaeology and Society*, señala el punto de partida para una Prehistoria en la que en el capítulo de la interpretación es posible hablar de “la reconstrucción de la vida económica”

y de “la reconstrucción de la vida social, intelectual y espiritual”. Era preciso convencer al lector de que el papel de un prehistoriador es la interpretación de los restos arqueológicos y que la reconstrucción de la vida humana representaba su problema principal, pero de posible resolución.

Clark, influenciado por el funcionalismo de Malinowski, luchó contra el escepticismo, de que había que sacrificar la Cultura en provecho de las culturas y tomó de la Antropología Cultural el “modelo teórico” sobre el que basar la reconstrucción de la vida económica y social. Clark, en la edición de 1957 declaraba: “Si la etnografía descriptiva presenta a menudo paralelismos fecundos, si determina los problemas de investigación y ayuda al prehistoriador a alcanzar los datos, una vez liberada de los límites propios por la sociedad urbana de mitad del siglo XX, la antropología social muestra cómo funciona la sociedad y la provee de un modelo teórico sobre el que basar la reconstrucción.

7.2.2. Colin Renfrew. El neoevolucionismo en la “arqueología social”

Las teorías de Gordon Childe experimentaron un nuevo auge en los años 70 mediante la “arqueología social” de Renfrew, ampliamente influenciada por las ideas evolucionistas. Los paralelos etnográficos desempeñan un papel fundamental en su explicación: así los jefes de la Edad del Bronce son vistos a la luz de los jefes polinesios y convertidos en “jefes territoriales”. Los métodos de la geografía humana son igualmente adoptados, y se hace un especial hincapié en el estudio de la economía y del comercio. Aparece el concepto de “territorio” como centro económico de explotación, en la línea de los estudios de Vita Finzi en geografía y de Higgs en la Prehistoria.

7.2.3. Gutorm Gjessing: la “socioarqueología”

En 1975, el noruego Gjessing propuso las líneas generales de lo que el denominó la “socioarqueología”. Se trata de un entramado bastante complejo a base de ecología, etnografía comparada y una actitud polémica hacia la *New Archaeology*.

Existe en su teoría una fuerte influencia de Gordon Childe, manifiesta por su interés por las perspectivas evolucionistas. La institución del parentesco ha sido especialmente tratada inspirándose en gran medida en la antropología social anglosajona. Pero es el tema de las estructuras de habitación el que más ha acaparado su interés.

7.2.4. *La socio-arqueología en el estudio del Paleolítico*

D. de Sonneville-Bordes, comentaba en 1969 que en el Paleolítico “los documentos son tan insuficientes que no autorizan a aventurarse en la exposición de estructuras sociales y de organización política más que con una redoblada precaución”.

Sin embargo, la aplicación de las nuevas técnicas de excavación que busca no sólo definir las capas sino que pretende encontrar “suelos de habitación” o simplemente de ocupación, ha permitido la reconstrucción de estructuras cuando son reconocibles. Todos los objetos son situados en su plano horizontal, formando plantas de repartición de restos, en las que se recoge además todo tipo de vestigios. Así se han sentado las bases de una primera sociología del Paleolítico gracias a los trabajos del equipo de H. de Lumley en L’Hortus, Terra Amata y Tautavel de Leroi-Gourhan y Brezillon en Pincevent o los de arqueólogos de los países del Este como Jefimenko, Rogatchev y Klima en los yacimientos de la antigua Unión Soviética.

No obstante la Escuela de Burdeos, y en particular el fallecido profesor F. Bordes criticaron duramente la ligereza con la que se determinan los supuestos suelos de habitación o de ocupación. En 1972 F. Bordes y D. de Sonneville-Bordes señalaban que un estudio de la repartición horizontal de los útiles en un nivel dado, llevará a menudo a asociar objetos que no son realmente contemporáneos, siendo el factor tiempo imposible de medir incluso en un débil nivel correspondiente a un supuesto “suelo de ocupación”.

El ritmo de sedimentación natural y el ritmo de sedimentación de los objetos humanos varían según los momentos. Un grupo que viva durante un período de sedimentación natural lenta dejará una capa delgada y densa de objetos, mientras que el mismo grupo, con un ritmo de sedimentación natural rápido, podrá dar la impresión de un hábitat débil y discontinuo, de hábitat esporádico, en presencia del mismo número de útiles dispersos en el sedimento que en el caso anterior.

Por otra parte las capas, tal como hoy las encontramos, son el resultado de transformaciones profundas, que alteran el estado en el que se hallaban en el momento de su formación. Para empezar, las capas han sufrido una fuerte compresión; en segundo lugar, en plena época glaciaria, los paleolíticos pudieron vivir sobre lechos de hojas, ramas o pieles de animales, las cuales debieron de ser renovadas, sacudidas, cambiadas de lugar, acumulando en determinados lugares, los objetos de deshechos pertenecientes a épocas diferentes. Utensilios situados por encima de las pieles pueden ser mucho más recientes que los abandonados por debajo de ellas, pero nosotros los encontraremos en el mismo plano al descomponerse la materia orgánica.

Pero incluso aceptando que la repartición horizontal en una capa delgada corresponda a un suelo de habitación, y que los objetos allí hallados sean

contemporáneos y no hayan sido desplazados, tampoco la interpretación de su significado será totalmente clara. La Escuela de Burdeos, propone el siguiente ejemplo: sucede a menudo que huesos rotos y núcleos se encuentran asociados en la parte delantera del abrigo. De este dato puede concluirse una localización de actividades: rotura de huesos para extraer la médula con ayuda de los núcleos utilizados como martillos, siendo la melladura de sus bordes una prueba de este uso. Pero existe también otra interpretación posible: se arroja fuera del abrigo de hábitat tanto los huesos fracturados (cuya médula ya ha sido extraída) como los núcleos ya utilizados con el único fin de que ambos objetos no produzcan heridas en los pies de los habitantes. Las melladuras de los bordes del núcleo han sido producidas intencionalmente al proceder a la extracción de lascas u hojas. En apoyo de esta tesis estaría el hecho, comprobado en cientos de excavaciones, de que las zonas más ricas en objetos son precisamente las que, se supone, no fueron ocupadas: los bordes de la roca, donde una persona no puede situarse dado la proximidad del techo, son el “basurero” al que se arrojan las piezas de desecho, el “rincón” hacia el que barre su cueva el hombre paleolítico.

Por otra parte, existe un quinto problema: el material perecedero que ha desaparecido. En nuestras excavaciones no encontramos más que una ínfima parte de la cultura material de los paleolíticos. Todos los objetos de madera o cuero, que debieron ser numerosos a juzgar por la etnología comparada, han desaparecido para siempre, salvo rarísimas excepciones como pueden ser las puntas de madera de Torralba y Ambrona, las del Abric Romaní o las de Clacton on Sea.

Pudieron existir también objetos de cuerda o recipientes vegetales y ninguna información ha podido llegar hasta nosotros. Un mismo objeto puede tener un uso y funcionalidad diferente según el tipo de empuñadura: una punta con mango de madera puede haber sido, según la posición de éste, tanto una punta de proyectil para cazar como un cuchillo para cortar. Datos sociológicos falseados podrían hablar de un “pueblo belicoso o cazador” en el caso de la interpretación como puntas o de “un lugar de despiece de la carne” en el caso de ser estudiados como cuchillos. Pero esto nos ha introducido ya en dos nuevos temas de la Prehistoria: la del estudio de los hábitats o asentamientos y la funcional, ambas muy relacionadas entre sí.

7.2.5. Marie L.S. Sorensen. La “arqueología del género”

El concepto “género” (traducción castellana de “gender”) apareció por vez primera en la antropología en 1974 en un trabajo de Gayle Rubin en el que se analizaban las aportaciones de Freud, Lacan y Lévi Strauss en relación al tema de la opresión de las mujeres. Esta antropóloga utilizó el término “sistema de sexo-género” para referirse a: “(...) el conjunto de disposiciones por el que

una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas”.

Con este novedoso concepto muchas feministas pretendían convencerse a sí mismas de que las diferencias físicas existentes entre hombres y mujeres no eran las responsables de la desigualdad sexual, sino que únicamente la “soportaban”. De esta forma, se generalizó la separación “analítica” entre sexo y género.

Esta escapada, no sólo del determinismo biológico, sino de la reproducción y del sexo, volvió a poner sobre la mesa el miedo a que el “cuerpo” constituyera el motivo de la esclavización de las mujeres. Esto nos ayudaría a entender porqué algunas investigadoras han huido del uso del concepto sexo a la hora de analizar la opresión femenina.

El sexo ha sido definido de formas muy variadas, pero sobre todo, ha sido usado de distintas maneras, lo que nos ayuda a remarcar el grado de ambigüedad y heterogeneidad que le rodea. Sin embargo, al margen de los diferentes usos que ha recibido, hay dos elementos fundamentales en torno al sexo que constituyen la base de su fundamento: Uno, que nuestra especie necesita de la unión de dos sexos, anatómicamente distintos, para la procreación y el otro, que la diferencia sexual se presenta, actualmente, como una construcción conceptual íntimamente relacionada con el “poder”.

La generalizada sustitución del sexo por el género demuestra, como ya hemos comentado, el temor a que el determinismo biológico sea la causa verdadera de la situación “social” en la que se desarrollan las vidas de las mujeres a lo largo de la historia. Los argumentos deterministas parten de una idea que parece “incuestionable”, y es que las diferencias entre hombres y mujeres se traducen en una serie de tendencias “psicológicas”, que en realidad tienen una raíz o explicación “biológica”; la diferente estructura del cerebro o las diferencias hormonales entre hombres y mujeres (Lewontin *et al.*, 1996: 163). El problema real del determinismo biológico no está en las diferencias biológicas u hormonales en sí, que es obvio que las hay, ni tampoco en las diferencias (minúsculas) en la estructura e interacciones hormonales entre el cerebro masculino y el femenino, sino en el sentido que se les da a estas “diferencias”.

Desde el punto de vista de O. Sánchez, no se debe de buscar la sustitución automática del sexo por el género para escapar del determinismo. Ciertamente el género nos proporciona mayor libertad al encontrar un termino que no tiene un contenido tan material, ya que está cultural y socialmente “construido”. Pero, si se rechaza el concepto sexo y se prescinde de su relación con el género, estamos eliminando, en cierta forma, la importancia que tiene el hecho de que las mujeres sean las protagonistas principales en la reproducción de seres humanos, lo que representa un gran problema, (Sánchez Liranzo, O. 2001).

7.3. Prehistoria de los hábitats o “Settlement Archaeology”

Esta corriente, muy importante en la Prehistoria actual, nunca se ha constituido como grupo o escuela. Sus seguidores se han clasificado espontáneamente bajo este epígrafe por motivos diferentes: en algunos casos (Chang) la arqueología del asentamiento se plantea como una cuestión metodológica, en otros casos existen simplemente intereses temáticos. Así sucede que en la síntesis de Ucko, Tringham y Dimbleby de 1972 sobre *Man, Settlement and Urbanism* pueden colaborar investigadores de muy distintas tendencias y niveles: tradicionalistas como Rouse, miembros de la “*New Archaeology*” como Flannery o marxistas como Masson.

La Arqueología del asentamiento surgirá en el plano metodológico como una aplicación en el campo arqueológico de las ideas del estructuralismo. Los mismos títulos de las obras señalan un cierto paralelismo (*Rethinking Archaeology* de Chang en 1967 respecto al *Rethinking Archaeology* de Leach de 1961 o *Invitation to Archaeology* de Deetz en 1967 respecto al *Invitation to Anthropology* de Olivier en 1964).

7.4. La Prehistoria “funcionalista”

Junto al estructuralismo prehistórico y procedente de una misma fuente antropológica social, hay que situar al funcionalismo. El objetivo de la Prehistoria “funcionalista” busca la interpretación correcta del material arqueológico mediante el conocimiento de la función exacta de los objetos y de las estructuras. Una interpretación falsa de la utilización de los elementos arqueológicos acarreará explicaciones socioeconómicas falsas, con todo lo que supone en una ciencia histórica. La Prehistoria funcionalista tiene tres vías para acceder a sus objetivos últimos.

7.4.1. *Los análisis de laboratorio*

La observación detenida de los objetos recuperados en una excavación a través de lupas binoculares o microscopios proporcionará al investigador evidencias claras sobre la utilización que han tenido estos objetos, y por tanto de su función. Con la utilización de ordenadores el material arqueológico inventariable y susceptible de estudio aumenta considerablemente. Surge así el análisis factorial estadístico de la *New Archaeology* creado para entregar los factores que determinarán la interpretación funcional de los materiales.

7.4.2. *La experimentación*

Un segundo sistema de conocimiento que permite salir a la Prehistoria arqueológica de sus métodos clasificatorios e ir más allá en la verificación de las hipótesis lo constituye la experimentación. En la industria lítica por ejemplo la reproducción de la técnica de talla por parte de los tecnólogos (Bordes, Tixier, Dauvois, Lenoir, Crabtree) han llevado a conclusiones muy interesantes en el campo de la funcionalidad de los útiles. El campo de la experimentación es muy amplio y realmente son muy variadas las huellas que pueden ser reproducidas: desde los mordiscos de animales y seres humanos sobre huesos, hasta el corte de cueros, pieles, ramas secas y verdes, etc., con lascas y hojas de sílex recién talladas.

7.4.3. *La Etnología comparada*

Más adelante hablaremos de la Etnología, pero en este apartado nos interesa en cuanto que con la búsqueda de analogías entre pueblos vivos podemos extraer información muy importante acerca de la posible funcionalidad de los objetos, forma, uso, técnica de fabricación y de estructuras materiales y sociales.

A este respecto son fundamentales las actas del coloquio *Man, the Hunter* (Lee y De Vore, Edits., 1968) en las que los materiales arqueológicos y etnográficos son comparados con implicaciones metodológicas. Las ventajas e inconvenientes del análisis funcional de los objetos queda reflejado en el siguiente ejemplo: Ante un mismo dato de la contemporaneidad de las facies musterienses (intercaladas aleatoriamente en los yacimientos) existen dos hipótesis de interpretación muy diferentes y con las mismas posibilidades de ser válidas. Por un lado está la de F. Bordes que imagina tribus poco numerosas ocupando alternativamente los yacimientos de las regiones privilegiadas. Sus utillajes en cuanto a tipos y técnicas son diferentes a causa de una tradición cultural diferente para cada facies. La segunda teoría propuesta por L. y S. Binford representantes de la *New Archaeology*, se presenta como hostil a las migraciones y al sustrato de las tradiciones inalterables, justificando la variación de las industrias por un condicionamiento ecológico: cada facies musteriense corresponde no a un utillaje propio de un grupo, sino a un lote de útiles especializados para unas tareas determinadas (funcionalismo).

Las comparaciones etnográficas presentan un creciente interés pero también un peligro. Es preciso tener en cuenta que las actuales poblaciones objeto de estudios etnográficos son poblaciones estáticas o en regresión, y por ello es muy arriesgado interpretar la funcionalidad de los útiles prehistóricos a través de observaciones hechas entre los primitivos.

En resumen, existen tres vías, análisis de laboratorio, experimentación y etnología comparada, que pueden llevar al prehistoriador a sugerir una hipó-

tesis sobre la funcionalidad de los objetos o estructuras, pero nunca se podrá alcanzar la certeza de que su conocimiento o interpretación de un dato es realmente objetivo.

Pero, dejando de lado a los tipólogos funcionalistas, existen también otras escuelas de esta tendencia de la Prehistoria a nivel metodológico y de teoría general. Entre ellos destacan W.W. Taylor que en su obra *A Study of Archaeology* de 1948 emitía la hipótesis de que los artefactos, sus formas, adornos, etc., son determinados por ciertas normas que no son puramente tecnológicas sino que responden a todo un sistema cultural. Esta línea de investigación, paralela al funcionalismo de Malinowski, alcanzará su apogeo en los años 60 con la popularización de la Nueva Arqueología. Binford, a partir de la interdependencia funcional de todos los elementos del sistema cultural, hace derivar la posibilidad de estudiar las esferas destruidas de la cultura a partir de la esfera material superviviente. Todo ello reclama una evaluación de la interdependencia de cada elemento mediante métodos de análisis de correlaciones múltiples o factoriales.

8. LA CUESTIÓN DEL ORIGEN. LA PREHISTORIA DEL “QUIÉN”

Como acertadamente señalara Rouse (1973) ni los sumerios ni los chinos se preguntaron jamás quién había ocupado sus tierras en épocas anteriores. Ellos pertenecían a una civilización que “había estado siempre” allí. Los griegos ya tuvieron motivos para preguntarse por sus antecesores porque los hallazgos arqueológicos pertenecían a una civilización muy diferente a la suya: así atribuyeron las murallas de Micenas a los cíclopes, pueblo que mencionaron en las leyendas homéricas.

La Edad Media no tuvo problemas: su pasado no podía ser interpretado más que a la luz de la Biblia y por tanto la cuestión del origen estaba muy clara: Adán y Eva. Pero en el Renacimiento ya hubo preguntas respecto a quién, y la respuesta única era que fueron los pueblos clásicos grecolatinos, o los galos, o los germanos al Norte de los Alpes. A fines del siglo XIX surgió la peligrosa costumbre de utilizar los hallazgos prehistóricos para identificar pueblos “históricos”. Los alemanes, imbuidos de un incipiente nacionalismo, fueron los primeros en esta práctica que con el tiempo les llevaría demasiado lejos. Al tomar conciencia como pueblo comenzaron la búsqueda de los pueblos germánicos y separaron de entre los objetos arqueológicos los que eran “suyos” de los de “otros pueblos”. Surgió así la expresión “Kulturgruppe” que quedó abreviada en “Kultur” y que definió a cada pueblo identificado.

Los prehistoriadores del resto de Europa utilizaron los conjuntos excavados como base para descubrir pueblos hasta entonces desconocidos. Los conjuntos culturales eran agrupados y, lejos de atribuirseles el nombre de un pue-

blo histórico, se prefería inventar uno nuevo en base a un yacimiento epónimo y el sufijo “ense”. El término “cultura” fue sinónimo de industria, que fue el que se impuso, sobre todo en épocas paleolíticas. Las épocas protohistóricas, sin embargo, fueron una excepción y se atribuyeron los restos arqueológicos de la Edad del Hierro a distintas tribus celtas mencionadas en las fuentes romanas.

En Europa oriental el resurgir del nacionalismo de los años 30 hizo que la Prehistoria tomara un sesgo diferente; los prehistoriadores soviéticos comenzaron a aplicar el concepto de pueblos a los restos arqueológicos tardíos, con el fin de averiguar “los orígenes del pueblo ruso”, utilizando la táctica alemana.

En síntesis, puede decirse que el período de entreguerras tuvo como preocupaciones principales, la definición de los diferentes elementos que componen las diversas civilizaciones arqueológicas y la investigación del origen de estas civilizaciones, así como las causas de su desaparición y de su sustitución por otras.

Según como se expliquen estos fenómenos en términos de migración, de invasiones, de difusión cultural o de aculturación, estaremos en presencia de diversas corrientes de opinión que se manifiestan en las siguientes oposiciones: “creacionismo *versus* transformacionismo”, “evolución frente a cambio de población”.

8.1. El evolucionismo

Esta tendencia ocupó la primera parte del siglo XIX y pretendió orientar el pensamiento arqueológico hacia la reconstrucción de las cadenas que llevan del presente al pasado, partiendo de la idea de que la humanidad es una. Casi todos los pioneros de la Prehistoria, como Boucher de Perthes cuando hablaba de la evolución de los bifaces, o Piette que establecía una sucesión evolutiva del arte mobiliario magdaleniense, vemos que estaban imbuidos por la mentalidad evolucionista de la época.

El siglo XX comenzó con una tendencia claramente antievolucionista; sin embargo tendrá algunas figuras de interés con ideas evolucionistas (Laplace) o neoevolucionistas (Varagnac). En esta última tendencia también puede integrarse la *New Archaeology*. Su método de investigación consiste en establecer primero la existencia de relaciones fijas entre la civilización material y el sistema social de algunas civilizaciones actuales, y una vez establecidas estas relaciones, las aplican para reconstruir los sistemas sociales entre las poblaciones prehistóricas, partiendo de los restos arqueológicos. En realidad, tal como ya vimos en el apartado dedicado a la *New Archaeology*, la única diferencia de este nuevo evolucionismo con respecto al del siglo XIX radica en una clara influencia del materialismo histórico que determina la existencia de “saltos revolucionarios”, que reemplazan la “evolución progresiva” del siglo XIX y la

sustitución del antiguo “estímulo de las ideas” por factores económicos, demográficos, en definitiva los nuevos motores materiales de la evolución.

Sin embargo, son muy numerosos los prehistoriadores que niegan la existencia de relaciones fijas, o al menos piensan que es imposible encontrar tales leyes; además no creen que sea posible proyectar esas leyes en el pasado, aunque hubieran existido. Esto sería, según ellos, un dogmatismo evolucionista, tal como existía en el siglo XIX y, por tanto, ya superado.

Veamos las principales tendencias antievolucionistas.

8.1.1. Migracionismo

El antievolucionismo de comienzos del siglo XX trajo como consecuencia que el optimismo de los investigadores respecto a la posibilidad de establecer leyes evolutivas se derrumbara y se pasara, como sustitución, a buscar teorías difusionistas de la cultura e, incluso, migracionistas de pueblos étnicos.

En Francia, país que desde muy antiguo se ha preocupado por establecer secuencias de la Prehistoria a nivel mundial, las posturas migracionistas tuvieron que admitir varios focos de origen y distintas vías de expansión, dando lugar a un migracionismo policéntrico y centrípeto.

El Abate Breuil fue el más importante representante de esta tendencia a principios de siglo, y se observa en toda su obra la teoría de que las culturas arqueológicas están asociadas a etnias estables, existentes en todo tiempo y que se desplazan alternativamente de un territorio a otro. La Dordoña francesa es para Breuil el lugar de convergencia de todas las migraciones paleolíticas, aunque su punto de vista sobre el origen de las culturas fue variando con el tiempo. Quizá fuera la colaboración con Saint Perrier lo que hizo cambiar a Breuil su teoría sobre “la patria originaria”. Saint Perrier se había destacado desde 1920 como uno de los más importantes partidarios del migracionismo, hasta tal punto, que llegó a supeditar la migración del hombre a la del reno o cualquier otra especie faunística que le sirviera de alimento.

En los años 50, las teorías de Breuil van a tener su continuador en Francia en la figura de F. Bordes y la Escuela de Burdeos. Este investigador puso a punto procedimientos matemáticos para determinar el parentesco genético de los complejos líticos. El policentrismo migracionista de Bordes quedó bien delimitado en dos de sus trabajos relativos al paso del Paleolítico Medio al Superior y la mencionada interpretación de la variabilidad de las facies musterienses. Para Bordes las pretendidas “invenciones” del Paleolítico Superior, existían ya en su forma embrionaria en “los diversos Paleolíticos Medios”, no siendo posible su difusión después del paso al Paleolítico Superior.

8.1.2. *El difusionismo cultural*

El difusionismo cultural puede considerarse como una solución mixta que evita tener que plantear arriesgadas hipótesis migracionistas. En la actualidad todos los cambios culturales pueden explicarse por “aculturación”, aunque el peso del sustrato y de la tradición sea muy fuerte en todas las “civilizaciones”.

Estas son, entre otras, algunas de las tendencias más significadas en Prehistoria, disciplina eminentemente histórica más con una serie de importantes concomitancias con otras ciencias sociales. La cultura es un hecho complejo, susceptible de ser contemplado desde bien distintas ópticas. De ahí la complementareidad de buena parte de estas propuestas, en gran medida motivadas por la necesidad de contar con unas bases teóricas propias, definidas a partir de la reflexión sobre sus mismas competencias y no como mera traslación de conceptos y métodos pasajeros.

De forma simultánea se subraya la necesidad de construir una Filosofía de la Prehistoria sobre la base de la Filosofía de la Ciencia.

Las posibilidades de desarrollo futuro cabe contemplarlas al menos desde dos alternativas: La primera, concibiendo la Prehistoria de forma determinista y mecánica (Prehistoria Ciencia Social) construida desde la óptica de la causalidad física y sobre una metodología afín a la de las Ciencias Naturales. La segunda, es la constitución de la Prehistoria como Ciencia de la Cultura, concebida y explicada no como sistema mecánico estable, sino como totalidad y proceso variable.

Sin embargo, en la actualidad es evidente el debate abierto en el seno de la Arqueología Prehistórica, entre teoría y práctica. Junto a tendencias ya decantadas, la interdisciplinariedad ha motivado el desarrollo de alternativas específicas, como la Etnoarqueología o la Geoarqueología. Asimismo, el concurso de nuevas tecnologías, ha posibilitado un notable incremento y diversificación de las posibilidades de documentación y tratamiento de la información (Informática). Todo ello, concretado en diferentes propuestas, hace que el investigador se vea inmerso en una cada vez más compleja y dinámica evolución de la disciplina, precise explicitar sus reglas y conozca sus limitaciones. De ahí, también, la constante conveniencia de replanteamientos autocríticos.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE EL CONCEPTO DE PREHISTORIA

AITCHISON, K. (2009): Archaeology is changing forever. *British Archaeology* 107, July-August.

ALCINA, J. (1975): “Arqueología y antropología”. *Revista de la U.C.M.* XXIV, 97, Madrid.